

EL MAL DESEMPEÑO DE LAS ECONOMÍAS LATINOAMERICANAS*

Sebastián Edwards

En este artículo se sostiene que las reformas impulsadas por los países latinoamericanos en la última década no han logrado los frutos esperados. El crecimiento económico ha sido moderado y la pobreza no ha disminuido. El apoyo político al proceso de reformas parece, por consiguiente, haberse enfriado. Para fortalecer el desempeño económico de los países latinoamericanos, en opinión del autor, se requiere aumentar el ritmo de las exportaciones y, especialmente, su composición. Los salarios reales de estos países serán altos en la medida que se exporten productos de alto valor agregado. El desafío de las autoridades es producir estos cambios sin establecer barreras comerciales ni distorsionar los mercados. La solución, según Edwards, supone tres elementos centrales: fuerte crecimiento de la inversión y mejoramientos significativos en los sistemas educativos del continente, incrementos de participación en los mercados de exportaciones de alto valor agregado y la mantención de tipos de cambio realistas. Todas estas reformas de segunda generación, se señala, requieren de valentía política. El ambiente para llevarlas a cabo no es de lo mejor, pero si no se implementa difícilmente América Latina podrá contar con un progreso sostenido.

SEBASTIÁN EDWARDS. Profesor de Economía Internacional de la cátedra Henry Ford II, en la Anderson Graduate School of Management de la UCLA, e investigador asociado del National Bureau of Economic Research.

* Reproducido con autorización de *Foreign Affairs*, Vol. 76, N° 2 (1997). © (1997) del Council on Foreign Relations, Inc. Traducción del inglés de *Estudios Públicos*.

El efímero fulgor de las reformas

En los últimos años, las economías latinoamericanas han experimentado una transformación notable. De pronto, países que habían expresado su desprecio por el sistema de libre mercado y que habían aplicado políticas proteccionistas han emprendido reformas estructurales para estabilizar sus economías, han liberalizado las prácticas comerciales y se están integrando al resto del mundo. Tras la crisis del peso mexicano, de diciembre de 1994, muchos observadores pronosticaron el fin o, en el caso de algunos países, la inversión del proceso. Sus predicciones resultaron erradas: por extraño que parezca, en la mayoría de los países la tarea modernizadora continúa, aunque a un ritmo diferente. Al parecer, la crisis mexicana fue una campanada de alerta para la región. La mayoría de los líderes políticos se han dado cuenta de que, para lograr que la economía sea realmente pujante, habrá que intensificar el proceso de reformas.

Sin embargo, no es tan claro que sea políticamente posible acelerar la transformación. Al cabo de casi diez años de reformas, los resultados económicos y la situación social de la región han mejorado poco. La pobreza no ha disminuido. A lo más, el crecimiento económico ha sido moderado. En muchos países, los salarios se han estancado y la creación de empleos ha mostrado escaso dinamismo. Uno de los pocos logros encomiables ha sido el de frenar la inflación.

Hasta hace poco, la población latinoamericana había respaldado con entusiasmo el proceso de reformas y favorecido a los políticos que trataban de encontrarles solución a los persistentes problemas económicos de sus países. La reelección del presidente Carlos Saúl Menem, en Argentina, y la elección del presidente Henrique Cardoso, en Brasil, son quizá los mejores ejemplos al respecto. Sin embargo, a menos que el crecimiento se acelere y que aumenten los salarios, lo más probable es que este apoyo no perdure. ¿Cuánto tiempo querrá la población hacer sacrificios? ¿Es realista pretender que la gente siga respaldando a los políticos que piden paciencia pero no son capaces de lograr que mejore la situación económica? Un número cada vez mayor de personas se sienten decepcionadas y poco a poco cunde el escepticismo respecto de las reformas. El apoyo a la plataforma electoral antirreformista de Abdalá Bucaram, que lo llevó a la presidencia de Ecuador; el descenso de la popularidad del presidente Cardoso en Brasil y del presidente Fujimori en el Perú; el descontento general que impera en Argentina; el rechazo del programa de reformas en México por parte de los parlamentarios del PRI y las violentas protestas que se han

producido en Paraguay revelan que el proceso de reforma provoca creciente desengaño. Estos sucesos demuestran que tal vez la rebelión de Chiapas, en México, no haya sido un acontecimiento aislado sino la primera señal de que en América Latina hay un profundo y creciente malestar.

En una democracia, la permanencia de las reformas centradas en el mercado depende del apoyo que el electorado preste al gobierno reformista. Por lo general, la gente respalda a los gobiernos que obtienen buenos resultados económicos. Sin embargo, suelen apoyar a las autoridades reformistas aunque la marcha de la economía sea deficiente. Pero lo importante es percatarse de que este apoyo seguramente será transitorio: si la economía no experimenta un vuelco positivo, los electores les volverán la espalda a los reformistas.

Esta dinámica indica que a menos que en América Latina se acelere el ritmo del crecimiento económico, que aumenten los salarios reales y que disminuya el desempleo, se debilitará el apoyo político a los gobiernos reformistas. Las perspectivas de reactivación del crecimiento y de un aumento de los salarios reales dependerán de una serie de factores, en especial de la capacidad que posean los países latinoamericanos de aumentar las exportaciones. Un crecimiento acelerado acompañado de un alza de los salarios reales exigirá necesariamente, a la vez, una mayor expansión de las exportaciones y un incremento del contenido de valor agregado de las exportaciones de la región. El principal reto que enfrenta actualmente es lograr que aumente esta clase de exportaciones.

Mejorando el desempeño

Durante la primera mitad de los años noventa, el desempeño económico de la mayoría de los países latinoamericanos fue inferior a lo previsto. Entre 1991 y 1996 el ritmo de aumento del PIB en América Latina y el Caribe fue moderado, puesto que en promedio alcanzó 3,1%. Uno de los aspectos positivos es que la inflación siguió declinando hasta situarse en 19% en 1996, en circunstancias de que en 1991 había sobrepasado el 200%. Además, tras acrecentarse rápidamente a comienzos de los años noventa, en 1996 el déficit en cuenta corriente de la región se redujo a un mero 2% del PIB. Sin embargo, durante este período la evolución económica de la región fue irregular. Mientras que Chile, El Salvador y Perú registraron una alta tasa de crecimiento y al mismo tiempo lograron detener la inflación, el crecimiento de México y Nicaragua fue nulo.

AMÉRICA LATINA: CRECIMIENTO DEL PIB
(Crecimiento porcentual)

	1991	1992	1993	1994	1995	1996
Argentina	8,9	8,6	6,0	7,4	-4,6	3,2
Brasil	0,4	-1,2	5,3	5,8	4,1	3,1
Chile	7,3	11,0	6,3	4,2	8,5	6,8
Colombia	2,0	4,0	5,2	5,7	5,3	3,1
Ecuador	5,0	3,6	2,0	4,3	2,3	2,9
México	3,6	2,9	0,7	3,5	-6,2	4,2
Perú	2,9	-1,8	6,4	13,1	7,0	2,0
Venezuela	0,7	6,1	0,3	-2,8	2,2	-1,1

Fuente: Banco Mundial

El crecimiento económico de la región resulta desalentador por tres motivos: primero, ha sido inferior al promedio histórico de 6% registrado entre 1965 y 1980; segundo, ha sido significativamente inferior al de los países de Asia oriental, que se han convertido en el punto de referencia y, tercero, está muy por debajo de la tasa mínima de crecimiento necesaria para reducir la pobreza que, según el Banco Mundial, es de 3,4% anual.

Desde el punto de vista social, el desempeño de América Latina también ha sido decepcionante. La situación social de la mayoría de los países, en especial en lo que respecta a la pobreza, no ha mejorado. Por otra parte, en varios países el desempleo ha aumentado substancialmente, lo que lleva a preguntarse si estas economías centradas en el mercado lograrán crear empleos en forma lo bastante rápida como para absorber la creciente oferta de mano de obra. En 1996, la tasa de crecimiento de la región se elevó a un promedio de 3,1% y se estima que en 1997 llegará a 4%. Aunque este repunte sería un avance importante en relación con los regulares resultados obtenidos en 1995, a largo plazo resulta insuficiente. No obstante la reactivación, 1996 fue para América Latina otro año de bajo rendimiento.

Abundan los indicios de que los países de economía abierta crecen más rápidamente que aquellos que restringen el comercio internacional. En materia económica hay un principio que dice que la tasa de crecimiento de las economías pequeñas y abiertas será cercana a la mitad de la que registren las exportaciones. En América Latina, durante los primeros años de reforma las exportaciones efectivamente aumentaron más rápido que antes. Sin embargo, en la mayoría de los casos se observa una inversión de esta tendencia. La Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina y el Caribe (CEPAL) informa que, con la exclusión de México, en

1996 las exportaciones de la región sólo aumentaron 3,6%. Es más, ese mismo año las exportaciones de algunos de los países más grandes, como Brasil, Colombia y Perú, siguieron incrementándose a tasas relativamente bajas. Para que se acelere el crecimiento económico de la región, las exportaciones deben aumentar de manera significativa.

Lo que un país exporta es casi tan importante como el ritmo de expansión de sus exportaciones. Cuando los países participan activamente en el comercio internacional y exportan productos de alto valor agregado, esto es, bienes cuyo proceso de producción exige grandes capitales, tecnologías avanzadas y mano de obra especializada, los salarios reales son elevados. En cambio, en los países que exportan productos básicos, ellos serán más bajos. En otras palabras, en un país es posible aumentar los salarios reales modificando la composición de las exportaciones.

El desarrollo económico de Suecia es un buen ejemplo de la relación entre los salarios reales y la composición de las exportaciones. En 1958, Suecia sólo exportaba recursos naturales, en especial productos forestales. Hacia 1988 había aumentado significativamente sus inversiones en capital técnico y humano, como consecuencia de lo cual, además de productos forestales, también exportaba una gran cantidad de manufacturas y maquinaria intensivas en capital. El viraje del comercio hacia la exportación de manufacturas se tradujo en un significativo incremento de los salarios reales.

Tras casi un decenio del inicio de las reformas orientadas a los mercados, la mayoría de los países latinoamericanos siguen exportando más que nada productos básicos de escaso valor agregado. Esta situación contrasta marcadamente con la de China y la India, que han mejorado rápidamente la composición de sus exportaciones y han logrado una participación creciente en el mercado de manufacturas livianas. Así pues, uno de los retos importantes que confrontan las autoridades latinoamericanas encargadas de formular la política es encontrar la manera de aumentar las exportaciones netas de manufacturas de mayor valor agregado sin establecer barreras comerciales ni distorsionar el sistema de mercado.

La solución consta de tres partes. Ante todo, los países deberían acumular capital, tanto físico como humano, aumentando la inversión y mejorando el sistema educativo. Por su parte, esto exigirá realizar nuevas reformas. Segundo, los países deberían aumentar su participación en el mercado de exportaciones de alto valor agregado. Ésta no es tarea fácil, porque la velocidad con que la economía mundial, en especial la de los países más ricos, puede absorber importaciones de manufacturas es limitada. Además, hay una dura competencia entre los países en desarrollo. Ter-

cero, para que la expansión de las exportaciones sea sustentable se requieren tipos de cambio realistas.

La siguiente generación de reformas

Para exportar productos de mayor valor agregado y acelerar el crecimiento será preciso aumentar significativamente la tasa de inversión. Según el *Informe sobre el desarrollo mundial 1996*, del Banco Mundial, en 1993 la inversión total en América Latina alcanzó al 20% del PIB, mientras que en Asia oriental fue de 36%. Para aumentar la inversión, la región tendrá que salir al encuentro de dos enormes retos: acrecentar el ahorro interno a partir de los magros niveles actuales y atraer más inversión extranjera directa.

Tanto en 1980 como en 1994, América Latina ahorró un promedio de 19% del PIB, cifra que contrasta marcadamente con la registrada en regiones de crecimiento rápido, en que el ahorro se eleva hasta el 35% del PIB. En la actualidad, la mayoría de los técnicos reconocen que es indispensable incrementar el ahorro interno. El presidente Ernesto Zedillo lo ha convertido en el objetivo principal del plan mexicano de desarrollo. Reconocer la importancia del ahorro constituye un gran avance respecto de los primeros años del decenio de 1990, cuando la mayoría de los analistas de la región ni siquiera reparaban en el problema.

La manera más directa y eficaz de aumentar el ahorro interno global es incrementar el ahorro del sector público. Sin embargo, salvo contadas excepciones, la política fiscal continúa mostrándose indiferente y el sector público no contribuye gran cosa al ahorro. El caso del Brasil es quizá el que mejor ilustra el problema. Pese al éxito logrado en materia de inflación, el déficit presupuestario del país sigue siendo cercano al 5% del PIB. Por lo general, en América Latina el ahorro del sector público ha fluctuado entre 1 y 2 por ciento del PIB, cifra muy inferior a la de Asia oriental, la que en promedio se ha situado en torno al 8%. Para aumentar el ahorro de este sector, es preciso realizar nuevos ajustes fiscales, en especial reducir los programas de derecho a prestaciones inequitativos, la corrupción y el derroche.

Uno de los mecanismos importantes para incrementar el ahorro interno es modificar los arruinados sistemas públicos de seguridad social. Estas reformas, que han sido introducidas últimamente por siete países latinoamericanos, reconocen y reducen las obligaciones no financiadas del sistema antiguo. Este solo hecho produce un aumento del ahorro público, puesto que obliga a las autoridades a financiar efectivamente esas obligacio-

nes. Además, el reemplazo del sistema estatal de seguridad social por la capitalización privada contribuye a aumentar el ahorro del sector privado. El fortalecimiento de los mercados de capital internos, la reducción de los impuestos que gravan las economías de las empresas y de las personas y, en especial, la creación de un sector bancario seguro y eficiente también estimulan el ahorro privado.

En algunos países, la reforma del sistema de seguridad social ha debido habérselas con la oposición política, mientras que en otros los sistemas nuevos tienen graves deficiencias. Por ejemplo, tras un prolongado debate sobre el tema, el Congreso brasileño aprobó una reforma básica que resulta insuficiente para aliviar la carga fiscal. Uruguay ha puesto en marcha un sistema híbrido que restringe el papel del sector privado y mantiene las obligaciones no financiadas en un nivel superior al 100% del PIB. La reforma mexicana contempla una serie de disposiciones que seguramente disminuirán su eficacia, y que incluyen la posibilidad de trasladarse al sistema nuevo después de la jubilación y la obligación de canalizar las contribuciones por conducto del organismo estatal de seguridad social.

Otra manera de aumentar la acumulación de capital es la inversión extranjera directa. En 1995, en América Latina ella se redujo, en parte debido a la crisis mexicana. Incluso en 1994, año en que llegó a su punto máximo, la inversión extranjera sólo alcanzó un total de 1,4% del PIB. En cambio en Asia oriental ha sobrepasado sostenidamente el 3,2% del PIB. Pese a las reformas centradas en el mercado, esta disparidad se debe a la impresión de que en América Latina las normas aplicables a la inversión a largo plazo siguen siendo fluctuantes. Sólo dos países latinoamericanos, Chile y Colombia, han sido clasificados favorablemente para efectos de inversión por agencias internacionales de clasificación de riesgos.

En los próximos años habrá una fuerte pugna mundial por atraer la inversión extranjera. América Latina tendrá que disputar los inversionistas extranjeros con Asia oriental y con Europa oriental. Ahora que han aflojado las restricciones a los bienes que pueden poseer los extranjeros, lo más probable es que Corea del Sur atraiga grandes corrientes de inversión. Si las autoridades de la India siguen prestando apoyo a la modernización, serán recompensadas con una mayor inversión extranjera. En Europa oriental, la consolidación del proceso de reformas atraerá mayor apoyo externo. En otras palabras, los países latinoamericanos tienen señalado el camino que deben seguir.

Para competir con éxito con otras economías que están saliendo adelante, los países latinoamericanos deberían adoptar una serie de medidas encaminadas a reducir el riesgo país y subir de lugar en la classifica-

ción internacional de riesgo. A menos que sean incluidos en las clasificaciones que para estos efectos realizan organismos internacionales tales como Standard & Poor y Moody, los países latinoamericanos difícilmente podrán atraer un volumen importante de inversiones extranjeras. Para reducir el riesgo país habrá que crear instituciones nuevas que den estabilidad. Estos cambios forman parte de las llamadas reformas de segunda generación e incluyen la modernización de la legislación laboral y de la judicatura.

Los organismos estatales deberían reducir los costos de transacción. Es decir, tendrían que estimular un medio en que los particulares puedan tener confianza suficiente como para dedicarse a actividades productivas y no a defender sus bienes o a promover sus propios intereses ante la burocracia. Los organismos estatales deberían proteger el derecho de propiedad en su sentido amplio, hacer cumplir los contratos y proporcionar un sistema eficiente para la solución de controversias. Para ello, no basta con la separación tradicional de los poderes constitucionales sino que hay que contar con organismos reguladores independientes y administrados en forma profesional. Incluso tras años de reformas, América Latina dista mucho de haber alcanzado el ideal a ese respecto. Los mecanismos de solución de controversias son primitivos, el poder judicial es ineficiente y corrupto y a diario se viola el derecho de propiedad, en especial el de quienes poseen intereses minoritarios. Como consecuencia de ello, en la mayoría de los países la gente destina gran cantidad de recursos a actividades no productivas. Los objetivos de las llamadas reformas de segunda generación deberían ser mantener la estabilidad macroeconómica mediante el funcionamiento verdaderamente independiente de los bancos centrales, imponer restricciones presupuestarias a los gobiernos locales y modernizar la administración pública.

Poco se sabe acerca del proceso que conduce a una transformación masiva de las instituciones. Es posible que produzca frustración y a veces desengaño. Pero lo importante es que los líderes regionales reconozcan que a menos que se introduzcan estas reformas, América Latina irá a la zaga en la carrera por atraer inversiones extranjeras.

Vuelta a los principios fundamentales

Para lograr un crecimiento sostenido con salarios cada vez más altos, habrá que mejorar la calidad de la educación. Los niños latinoamericanos reciben dos años menos de educación académica que los de otras regiones

que se encuentran en etapas de desarrollo similares. Un impresionante 30% de los estudiantes primarios repiten curso, y el alumnado se pasa casi la mitad del tiempo recibiendo instrucciones sobre cómo realizar ejercicios mecánicos. En las escuelas primarias públicas, los alumnos reciben un promedio de 800 horas al año de instrucción, cifra que en los sectores rurales disminuye incluso a 300 horas, mientras que en los países de desarrollo acelerado y avanzados el total de horas de instrucción es cercano a 1.200. El problema no es la falta de recursos. En América Latina el gasto del sector público en educación alcanza al 3,7% del PIB, comparado con 3,4% en Asia oriental. Pese a ello, la educación latinoamericana se cuenta entre las peores del mundo. De acuerdo con parámetros estandarizados, los niños latinoamericanos ocupan el último lugar en la escala internacional.

Una vez más, Chile se ha puesto a la vanguardia de América Latina para abordar uno de los problemas más acuciantes del desarrollo económico. En junio de 1996, el gobierno chileno dio a conocer una importante iniciativa destinada a encarar el sistema educacional del país. El proyecto tiene por finalidad aumentar la productividad, reducir la desigualdad y garantizar la sustentabilidad del llamado milagro económico chileno. La reforma educacional apunta a aumentar la responsabilidad del personal docente y poner fin al sistema de doble jornada que se aplica en las escuelas públicas. Las horas de instrucción aumentarán en un tercio. Una vez finalizada la reforma, los estudiantes chilenos recibirán tantas horas de instrucción como sus pares de Asia oriental. La reforma afectará a 9.000 escuelas públicas y tendrá un costo importante, cercano al 3% del gasto público actual.

Cómo llegar al mercado

Uno de los logros más notables de la economía china ha sido el aumento de su participación en los mercados de exportaciones, en especial de manufacturas básicas. En los próximos años, los países latinoamericanos deben emular el éxito de China y captar una proporción mayor del mercado mundial, particularmente de los países avanzados.

La geografía puede cumplir una función en el acceso a los grandes mercados. Dicho en otras palabras, la distancia es importante. Los países más próximos a los grandes mercados, tales como los Estados Unidos, la Unión Europea y el Japón, tienen una clara ventaja cuando se trata de captar parte de ellos. Por ejemplo, a México lo favorece su vecindad con los Estados Unidos. Los países que no están geográficamente bien ubicados deben tomar medidas para aumentar su proximidad económica a los grandes

mercados. Australia, Nueva Zelanda, Taiwán y Singapur lo han hecho con éxito. Una de las formas en que los países pueden compensar eficazmente una inadecuada ubicación geográfica es mejorar la infraestructura, en especial las carreteras, las telecomunicaciones y los puertos.

Comparaciones a nivel internacional revelan que no puede haber crecimiento económico basado en las exportaciones si la infraestructura es deficiente. Durante la mayor parte de los años ochenta y la primera mitad de los años noventa, América Latina no se preocupó mucho por invertir en infraestructura. La generación de energía, el sistema vial, el abastecimiento de agua potable y las telecomunicaciones de la región son inadecuados. Hacer una llamada telefónica, si es que uno logra comunicarse, toma mucho tiempo; las condiciones en que se encuentran muchas carreteras son deplorables, lo cual encarece substancialmente los costos del transporte; y en muchos lugares los cortes de energía son pan de todos los días. El Banco Mundial ha calculado que para corregir estas deficiencias habría que invertir 60 mil millones de dólares anuales en infraestructura hasta el año 2000. En lo que resta del decenio, la inversión en infraestructura que se requiere representa el 4,5% del PIB de la región, cifra superior al total combinado de los préstamos que otorgan anualmente a la región el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo. El grueso de la inversión en infraestructura deberá provenir del sector privado, tanto nacional como extranjero.

La infraestructura exige grandes inversiones cuya rentabilidad sólo se materializa al cabo de muchos años. Esta rentabilidad podría disminuir si las autoridades adoptan decisiones poco acertadas, tales como establecer nuevos aranceles o la competencia desleal de empresas de propiedad estatal. El sector privado sólo realizará grandes inversiones en infraestructura si las autoridades se comprometen de veras a respetar las normas que regulan los aranceles y el acceso a los mercados. Además, para asegurar el cumplimiento de los contratos y resolver las controversias sin tener que incurrir en grandes gastos se necesita una judicatura eficiente e independiente. En muchos países latinoamericanos el sistema judicial es anticuado. Un estudio realizado en Buenos Aires en 1996 por los expertos independientes de la Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas indica que en Argentina la administración de justicia es más ineficiente y costosa que en cualquier otro país del hemisferio occidental. Los juicios son excesivamente largos e irrojan enormes gastos al sector privado.

Al forjar su infraestructura, América Latina una vez más tendrá que hacer frente a una fuerte competencia de Asia y Europa orientales. Se estima que para seguir siendo competitiva, Asia tendrá que invertir en infraestructura un total de 7 billones de dólares en los próximos 25 años, de

los cuales al menos 1,5 billón deberán invertirse en los próximos diez años. La India tendrá que invertir 200 mil millones de dólares en el próximo decenio para que su infraestructura alcance el nivel mínimo necesario. La competencia será dura, pero si América Latina logra salir adelante con las reformas de segunda generación, los beneficios serán substanciales.

Hoy y mañana

La mayoría de las políticas examinadas más arriba tardarán años en dar frutos. Sin embargo, ya se observan dificultades para impulsar nuevas reformas y tal vez el electorado no tenga la paciencia necesaria para esperar. ¿Qué puede hacerse ahora? ¿Hay políticas que puedan acelerar el crecimiento a corto plazo? Por desgracia, las opciones son escasas. Sólo se logrará un crecimiento rápido y sustentable si las bases económicas, esto es, inversión, educación y financiamiento externo de largo plazo, son sólidas. Sin embargo, a corto plazo, una buena gestión macroeconómica podría contribuir a ello. Los países que fijen un precio realista a sus monedas y reduzcan los déficit y las tasas de interés real experimentarán una reactivación sostenida. Es posible que estas políticas permitan que los países recuperen, y en algunos casos sobrepasen, el crecimiento de las exportaciones registrado a comienzos de los años noventa.

Lo más probable es que en los países que recurren a la sobrevaloración de la moneda para reducir artificialmente la inflación se produzcan brotes especulativos que influirán negativamente en el crecimiento. Por desgracia, puede ser muy tentador valerse del tipo de cambio para reducir a corto plazo la inflación. Es lo que ha estado haciendo Brasil en los últimos 18 meses y, a menos que se tomen medidas correctivas, lo más probable es que tenga que hacer frente a una crisis económica. Ecuador, bajo el liderazgo del populista Bucaram, también se embarcó en una aventura de sobrevaloración al adoptar un sistema de paridades fijas, en circunstancias en que hay grandes desequilibrios fiscales. Al insistir en revaluar el tipo de cambio real y depender del capital extranjero de corto plazo, México parece olvidar una vez más las enseñanzas del pasado.

Puede ser que las políticas destinadas a fortalecer el sistema bancario den resultado. La crisis del peso mexicano demostró que la debilidad del sector bancario agudiza los efectos de las conmociones externas, acrecienta la incertidumbre y disminuye la inversión. La adopción de medidas que aseguren que los bancos apliquen sistemas de crédito racionales probablemente aumentarán la confianza de la opinión pública y contribuirán a incre-

mentar el ahorro. Además, si la banca es solvente, se estimulará el financiamiento externo de largo plazo. Las políticas encaminadas a disminuir la evasión tributaria y la corrupción seguramente promoverán el crecimiento de corto plazo. Sin embargo, esta clase de políticas no puede reemplazar el fortalecimiento de los principales indicadores económicos.

Hace dos años, en la Cumbre de las Américas celebrada en Miami, el Presidente Bill Clinton se apresuró en manifestar que las reformas centradas en el mercado introducidas en América Latina habían sido un éxito. Pero, pese a los enormes progresos logrados en materia de desregulación de los mercados, privatización de las empresas estatales y lucha contra la inflación, la situación social no ha mejorado gran cosa.

Transcurridos casi diez años desde la iniciación de las reformas liberalizadoras, la mayoría de los países latinoamericanos están cogidos en una trampa: deben realizar grandes transformaciones institucionales para reducir la percepción del riesgo país y lograr un crecimiento sostenido. Sin embargo, muchas de estas reformas de segunda generación son impopulares y políticamente difíciles de realizar.

Para terminar con los años de desigualdad y de dominio estatal de la economía se requiere valentía política. No está claro qué países la tendrán. Tal vez dentro de poco veamos una economía latinoamericana con dos, tres y hasta cuatro velocidades. En algunos países, tales como Chile, las reformas de segunda generación se emprenderán rápidamente, mientras que en otros tardarán mucho tiempo, y quizá en otros nunca se realicen. Puede que dentro de poco el panorama económico de América Latina se caracterice por la presencia de polos opuestos de prosperidad y modernismo en un extremo y bolsones de pobreza y atraso en el otro. □